

LA SENDA DEL 98



1 pta

*Dolores
del Rio
Ralph
Forbes*

EDICIONES BISTALNE



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

LA SENDA DEL 98

Novela de emocionantes aventuras

Dirigida por

CLARENCE BROWN

Producción NON PLUS ULTRA

Metro - Goldwyn - Mayer

Distribuida por

METRO - GOLDWYN - MAYER - IBÉRICA, S. A.

Mallorca, núm. 220

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES:

DOLORES DEL RÍO

RALPH FORBES

KARL DANE

HARRY CAREY

Tully Marshall

George Cooper

Russell Simpson

Emily Fitzroy

Tenen Holtz

Cesare Gravina

Doris Lloyd

E. Alyn Warren

John Down

Ray Gallagher

REVISADO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA SENDA DEL 98

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

El 14 de julio de 1897 una noticia fabulosa salió de San Francisco de California y se extendió por todos los ámbitos del mundo.

El "Excelsior", un barco que hacía el servicio entre San Francisco y Alaska, trajo, en uno de sus viajes de regreso a la civilización, varios sacos llenos de oro.

Estos sacos pertenecían a un pasajero del "Excelsior", Jack Locasto, hombre de rara fortuna para toda clase de negocios. Un bigote negro, unos ojos penetrantes,

unos dientes muy blancos aunque no muy perfectos le daban un aspecto inquietante.

Jack Locasto sólo sabía mirar cínicamente. Era inútil que pretendiera dar otra expresión a sus ojos. Por más que él no lo pretendía nunca. Aquel modo de mirar no era sino un reflejo de su modo de ser.

El capitán del "Excelsior" había prestado a Jack varios de sus tripulantes para que protegieran el transporte del oro a sitio seguro.

Esto fué lo que más ruido movió.

Cuando vieron descender del "Excelsior" a Jack Locasto, seguido de varios hombres cargados con pesados saquitos y rodeados de otros hombres provistos de escopetas, cuando vieron depositar la mercancía en un coche blindado que había sido avisado previamente, la gente fué agolpándose allí donde había amarrado el "Excelsior" y éste fué el foco de donde partió la noticia en todas direcciones atrayendo a San Francisco gente de toda América y de todo el globo.

Un reportero que visitó a Jack dió de esta forma la noticia en su periódico:

HALLAZGO DE MINAS DE ORO EN ALASKA

En Klondike, el lejano distrito de Alaska, han sido hallados riquísimos yacimientos de oro. Según informes de uno de los felices mortales que han participado del encuentro y que ha llegado hoy en el bergantín "Excelsior", en las proximidades del río Yukon se ha

establecido ya una nutrida colonia de buscadores de oro, los cuales forman un pueblo de más de diez mil almas. Este número aumentará rápidamente cuando la noticia cunda por los países civilizados. A buen seguro que mañana no se hablará de otra cosa en San Francisco. Todos sabemos hasta dónde llega la fascinación del oro.

En efecto, al día siguiente, el hallazgo del oro era el tema de todas las conversaciones. La ciudad rebullía con loco entusiasmo. Las palabras "oro", "Alaska", "Klondike" se destacaban en aquella oleada rumorosa. La noticia penetró en las casuchas humildes y subió a las altas casas del centro, zumbó en las tabernas y recorrió los restaurantes de lujo. No hubo rincón de la ciudad adonde no llegaran aquellas mágicas palabras: "Oro", "Alaska", "Klondike". Y en todas partes producía el mismo efecto fascinador. Se conmovía el rico y el pobre, el joven y el viejo, la mujer y el muchacho. Todos veían en la noticia algo espléndido y fascinador.

El telégrafo llevó las mágicas palabras a través de todo el continente y de un continente pasó a otro. El ferrocarril y la nave, la diligencia y la simple carreta internaron la nueva hasta los caseríos más recónditos, hasta los hogares perdidos en los laberintos de los bosques y de las montañas.

Y de todas partes afluó gente

a San Francisco, que era el puerto más próximo a Alaska y casi el único que tenía tráfico con ella. Un tráfico muy escaso. De vez en vez partía un barco, volvía, partía de nuevo. Nada más.

Los que se decidían a hacer el viaje, sabían que estaban expuestos a perecer en el camino, largo y duro; pero el oro, la locura del oro, todo lo podía.

* * *

Iba a partir el tren camino de San Francisco, cuando el maquinista advirtió que unos pies colgaban de los topes.

Hizo bajar al polizone y vio que éste era un niño de unos doce años.

—¿Qué hacías ahí? Voy a entregarte inmediatamente al jefe de estación.

—No, no lo haga usted—imploró el muchacho—. Necesito llegar a San Francisco. Si no me deja usted ir en los topes tendré que hacer el viaje a pie.

—¿Para qué quieres ir a San

Francisco?—preguntó el maquinista con curiosidad.

—Para embarcarme en dirección a Alaska. Voy a Klondike a buscar oro.

El maquinista sonrió benévola-mente.

—Eso me parece muy bien. Yo también dejaré el tren en cuanto lleguemos a San Francisco para embarcarme.

—Entonces, ¿me deja usted ir en los topes?

—En los topes, no. Sube a la máquina conmigo. Iremos juntos al Klondike.

* * *

Estaban de sobremesa. La familia era numerosa y el padre no parecía muy bien dotado para la defensa de todos aquellos seres queridos.

La esposa exclamó de súbito:

—Mira, Jim, lo que dice el periódico.

Jim, el padre, cogió el diario y leyó la noticia que le indicaba su cónyuge:

ORO EN EL KLONDIKE

Quedó un momento absorto, pensativo.

—Oro en el Klondike... Oro...

Oro...—murmuró como hablando consigo mismo.

De pronto exclamó:

—¡Me voy en busca de la fortuna! ¡Me voy al Klondike! ¡Allí está la riqueza! ¡Allá hay oro a montones! Se acabaron las privaciones. Luchad vosotros durante un año más y, cuando yo vuelva, seremos ricos... Lo dice aquí. Hay oro en el Klondike. ¡Oro!

Y así fué cómo Jim, aquel hombre cobarde y abrumado por la vida, halló, ante la fascinación del oro, ánimos para emprender la tremenda aventura.

* * *

Lars trabajaba de leñador en los bosques californianos. Era un hombrón tan alto como feo. Un verdadero atleta.

Sin embargo, Lars tenía un enemigo que, con ser más débil que

él, le vencía siempre. Este enemigo llevaba faldas y era su propia esposa.

Lars se daba cuenta de que habría podido demolerla de un puñetazo. Pero aquella mujer era un

energúmeno, un huracán que hubiera inquietado al mismo Dempsey.

Además, tenía una puntería realmente temible. Allí donde ponía el ojo, ponía el objeto que arrojaba. Y daba la nefasta casualidad que siempre ponía el ojo en la cabeza.

Desde que el periódico de San Francisco cayera en manos de Lars, éste no cesaba de pensar en Alaska. Dormido y despierto aquel nombre brotaba frecuentemente de sus labios.

—Alaska... Alaska...

Por fin, un día, la dulce cónyuge estalló.

—¡Ya estoy harta de oír ese nombrecito! Alaska... Alaska... Ahora mismo me vas a decir quién es esa mujer o tendremos baile.

En aquel momento, la esposa estaba planchando y tenía en la mano la pesada plancha. Esta consideración llenó de inquietud a Lars. Se veía la plancha en la cabeza.

Por eso, en vez de contestar,

ganó la puerta de un salto, y echó a correr perseguido por su esposa.

La buena estrella de Lars quiso que en aquel momento pasara por delante de la casa, procedente de los bosques, un tren cargado de troncos, y el leñador, sin vacilar, se encaramó en el último vagón cuando ya su mujercita casi había logrado darle alcance.

Perdidas sus esperanzas de alcanzarle, le dirigió un tremendo insulto y le arrojó la plancha. Esta siguió el camino recto de la cabeza de Lars, el cual tuvo el tiempo justo de escudarse con las manos asiendo con ellas la plancha.

El hecho de que no le hubiera tocado, entusiasmó a Lars hasta el punto de que depositó varios besos consecutivos en la plancha y comenzó a bailar sobre la montaña de troncos.

—¡Vaya suerte que has tenido, Lars!—exclamó uno de los leñadores que iban en el vagón.

—¡Como que desde hoy nombro mascota a esta plancha!

—Mujeres... mujeres... Menos mal que en el Klondike no encontraré ninguna.

—¿Es que vas al Klondike?—
pregunto Lars muy interesado.

—Nos vamos todos. Estamos
hartos de tanta miseria. ¿Quieres
acompañarnos?

—¡Vaya si quiero! ¡Cómo que
estaba pensando en el modo de

evadirme! Prueba de ello es que
llevo encima todos mis ahorros...

¡Al Klondike, al Klondike!

Y, al mismo tiempo que pro-
nunciaba en tono triunfal estas pa-
labras, daba besos a su mascota.

II

En el muelle, alrededor del barco que iba a partir, la gente se amontonaba.

Cundía el entusiasmo. Algunos creían hallarse ya en el país maravilloso donde el oro abundaba, por el solo hecho de estar a punto de partir.

Rumoreaba la multitud. Comenzaba la gente a subir al barco.

Apareció Lars con un traje nuevo y con el equipaje al hombro. Atada a él se veía la plancha de la suerte. Ya había tomado el billete y se dirigía al barco, abriéndose paso entre la compacta multitud.

De pronto, se acercó a él un hombre barbudo y cargado con un cesto lleno de menudos paquetes.

—¿Va usted a Alaska?—preguntó.

—¡Ya lo creo!—repuso Lars

como si aquel hombre acabara de preguntarle una tontería.

—Entonces debe usted comprar este insecticida infalible. En Alaska abundan los mosquitos y son enormes como elefantes. Tenga usted; no vale más que un dólar.

Lars no vaciló en tomar el paquetito que el buhonero le entregaba, dándole el dólar que valía.

¡No era cosa de dejarse devorar por los mosquitos antes de encontrar el oro!

Otra parada hizo Lars antes de subir a bordo.

En el borde del muelle, junto al barco, había un rapazuelo, que sostenía un gran perro por el collar, de donde pendía un cartón con un gran cinco y el signo de dólares al lado.

El cuadro llamó la atención a

Lars, que se acercó al muchacho para preguntarle:

—¿Qué significan ese perro y ese cartel?

—Que vendo el perro.

—¿Por qué? Es un perro muy hermoso.

—Porque mi madre está enferma y necesito el dinero para medicinas.

Lars se conmovió. Su cara, a veces terrible, no le impedía tener un corazón de oro.

Se erizó la mano al bolsillo, sacó un billete de cinco dólares y se lo entregó al muchacho, cogiendo el perro por la cadena y dirigiéndose al pontón que conducía a bordo.

* * *

También esperaba en el muelle, sentada sobre unos fardos de ropa, una joven de rostro fascinador. No podía decirse que su cara era perfecta. Los pómulos se pronunciaban demasiado, la boca era excesivamente grande, y aun poseía otras imperfecciones. Pero ¡qué extraño poder el de su mirada, qué encanto perturbador el de su sonrisa, qué gracia en sus ademanes y en sus actitudes! Iba vestida con modestas ropas, pero éstas se ceñían al cuerpo gentilísimo y la dotaban de una rara elegancia, más espiritual que corporal.

Miraba con impaciencia a un

lado y a otro. El brillo de su mirada perforaba la multitud. Había en su pecho un jadeo de ansia.

—No vienen, abuelito, y la hora de zarpar se acerca.

—Es extraño, muy extraño— repuso un viejo de canosa barba que estaba junto a ella.

El anciano no avizoraba la lejanía. Por el contrario, miraba fijamente, impávidamente, un punto impreciso del espacio.

Estaba cerca de su nieta, en pie, inmóvil.

—En la carta dicen bien claro que nos reuniremos en el muelle, junto al barco mismo.

Y una vez más, Berna, que así se llamaba la joven, sacó un papel del bolsillo y lo leyó:

Querida Berna: Nos parece bien que tú y tu abuelo hayáis pensado en marchar al Klondike, para ver si de una vez salís de las vicisitudes en que vivís. Para que os decidáis, os anunciamos que mi marido y yo os acompañaremos, pues pensamos poner un restaurante en el Klondike. De modo que hasta mañana. Llegaremos a San Francisco con el tiempo justo para dirigiros al muelle, por lo que no debéis venir a la estación sino esperarnos junto al barco. Tu tía que mucho te quiere...

—Lo dice bien claro, abuelo: junto al barco.

—No sé que decirte, hija mía. Pero en este momento exclamó Berna:

—¡Ahí vienen, ahí vienen abuelo!

Y, cogiendo al anciano del brazo, le condujo al encuentro de los señores de Bulkey que éste era el apellido de sus tios.

Entonces se vió claramente por qué miraba el viejo con aquella impavidez: era ciego.

Los tios de Berna demostraban en todos los detalles de su indumentaria una cursilería aterradora. Los dos tenían el don de hacerse antipáticos apenas se les dirigía la mirada. Los dos tenían cara de vinagre y andaban con tal rigidez que parecían planchados con almidón.

Después de un saludo que no fué todo lo cordial que Berna esperaba después de la larga separación, se dirigieron los cuatro hacia el barco.

* * *

Cuando llegaron al pie del pontón, Berna se detuvo para dar paso a un marino que empujaba a un joven al mismo tiempo que vociferaba insultos.

Le dió un empujón y el joven rodó por el suelo.

Quedó sentado. Le había caído la gorra y quedaba al descubierto su cabello rubio y rizado. Iba muy modestamente vestido.

Berna, compadecida, se acercó a él.

—¿Qué ha hecho usted? ¿Por qué le maltratan?

El joven alzó sus ojos. Eran unos ojos de un azul muy claro. A pesar de lo ocurrido, sus labios dibujaban una sonrisa.

—Pues ha sucedido que, como no llevo billete, no me dejan entrar en el barco. Dos veces he tratado de introducirme y dos veces me han arrojado. Pero le aseguro que este barco me llevará al Klondike. ¡Cómo me llamo Larry!

Al ver la decisión y la energía

del joven, la piedad de Berna se convirtió en admiración. Un convencimiento adquirió instantáneamente. El espíritu de aquel joven era tan hermoso como su fisonomía. Esto se leía claramente en sus ojos profundos, apacibles, diáfanos.

Subió Berna al barco, llevando del brazo a su abuelito y siguiendo a sus parientes, y el joven reanudó sus intentos.

Habían retirado el pontón. El barco iba a partir. Sólo esperaban a que terminaran de cargar una recua de asnos de la cual quedaba media docena de ejemplares en el muelle.

Estaban subiendo a bordo el penúltimo de ellos con una grúa cuya cadena terminaba en una bolsa de red, donde colocaban el pollino, cuando Larry tuvo el chispazo de inspiración que había de solucionar el problema.

En aquella parte del barco no había nadie. Los pasajeros se

amontonaban en la parte central, junto a la borda.

Ya había comenzado la grúa a levantar la red, y con ella al pollino, cuando Larry se asió a ella de un salto, trepó con ágiles flexiones hasta la boca de la bolsa y se sentó sobre el lomo del pollino.

Los hombres que cargaban la recua en el muelle quisieron avisar a los de a bordo, pero éstos se habían retirado para ocuparse en cerrar la escotilla y no les oyeron, pues entre la recogida del ancla, el chirriar de las cuerdas y los gritos de la multitud, se había producido un estruendo infernal.

Cuando se dieron cuenta los marineros de a bordo, ya estaba Larry casi en el fondo de la bodega y todo lo que pudieron hacer fué avisar a los de abajo.

Llegó Larry al final de su desceaso. Es fácil imaginar el recibi-

miento que se le dispensó. Dos marinos se abalanzaron sobre él con intenciones nefastas, pero Larry se puso en pie sobre el lomo del pollino y saltó por encima de sus cabezas.

Se produjo una accidentada persecución, pero Larry era más ágil que ellos y consiguió hacerles perder la pista.

Fué avisado el sobrecargo. Este, que era el que por dos veces arrojó de la nave a Larry, procedió inmediatamente a buscarle con el propósito de arrojarlo al mar.

Pero Larry había dado con un buen escondrijo. Estaba en la litera superior de un camarote cubierto con mantas.

Y el barco comenzó a moverse antes de que el sobrecargo diera con la pista del obstinado polizonte.

III

Al partir el barco, Lars dejó en libertad al perro que había adquirido por cinco dólares. La nave se había separado del muelle, y no había que temer que el can se le escapara.

Todo el pasaje se amontonaba en la borda diciendo adiós a voz en grito a aquella multitud que le despedía desde el muelle.

De pronto se oyó un agudo y penetrante silbido y Lars vió que lo había producido el muchacho que le vendiera el perro. El rapaz estaba en el borde del muelle y le hacía señas.

Cuando Lars comprendió que las señas no se las hacía a él sino al perro ya era demasiado tarde.

El can había dado un salto desde la borda y nadaba afanosamente en dirección de su amito, el cual volvería a colocarle el cartel en el cuello a la salida del próximo barco.

Lars le amenazó con el puño, pero el muchacho le replicó con una mueca de burla.

Al verle tan furioso, un individuo de cierta edad y escasa estatura que estaba a su lado le preguntó qué le sucedía.

Lars procedió a explicárselo y así nació la amistad del leñador y de Jim, el padre de familia que había dejado a todos los suyos para ir al Klondike en busca de la fortuna.

* * *

No se atrevía Larry ni siquiera a respirar, cuando oyó que la puerta del camarote se abría.

Por la voz comprendió que la que había entrado era la joven que se interesara por él al pie del pontón cuando el sobrecargo le arrojara a cajas destempladas.

En efecto, era Berna, Berna que conducía a su abuelito a la litera para retrasar el mareo todo lo posible.

Le quitó el abrigo, le hizo sentar en la litera inmediata al suelo, la cual estaba exactamente debajo de la de Larry.

Una vez estuvo sentado el abuelo, le quitó las botas; le arregló la almohada y le hizo acostar.

En este momento apareció la cabeza de Larry por el borde de la litera superior.

La primera intención de Berna fué lanzar un grito, pero Larry se llevó a tiempo un dedo a los labios, suplicándole que callara, y su gesto de imploración y el hecho

de que Berna había reconocido en él al infeliz joven que le dijo llamarse Larry, la indujeron a callar.

Con sumo cuidado para no llamar la atención del abuelo, se sentó el joven en la litera y trató de descender sin hacer ruido.

Pero esto fué imposible.

Al caer sobre el piso de madera del camarote, sus botas produjeron un ruido que sobresaltó al abuelo.

—¡Berna, Berna! ¿Has oído? ¿Quién hay en el camarote?

—Nadie, abuelo—repuso la joven con un repentino destello de inspiración—. Es que acabo de dejar caer tus botas al suelo sin creer que hicieran tanto ruido.

Tranquilizado por estas palabras, el abuelo volvió a depositar la cabeza en la almohada.

El sueño le rindió en seguida.

Larry, que permanecía encogido en un rincón, avanzó entonces hasta Berna y le dijo en un susurro:

—Muchas gracias, generosa

amiga. Por dos veces me ha demostrado usted que posee un hermoso corazón.

—¿Cómo ha logrado al fin introducirse?

Larry lo explicó con brevedad y después dijo estrechando las manos de Berna:

—Pero me voy. No puedo permanecer aquí. La comprometería. ¿Es tan mal pensada la gente!

Abrió la puerta sigilosamente.

Berna le detuvo para entregarle la gorra que se dejaba olvidada en el suelo y correspondió con estas palabras a su despedida:

—Lleve usted mucho cuidado, no le vayan a coger. Puede usted esconderse aquí en un caso de apuro.

Aun estaba Larry subyugado por aquella mirada, por aquella voz, por aquella mirada, por aquella envolvente emanación de bondad que circundaba a Berna como un nimbo, cuando oyó pasos en un recodo del pasillo y sólo tuvo tiempo para abrir la puerta de otro camarote y entrar en él.

El que lo ocupaba era un sacerdote que iba al Klondike para lu-

char por la salvación de las almas de los aventureros, y Larry se felicitó de esta circunstancia.

—¡Escóndame, padre! No llevo billete y me arrojarían al mar.

El piadoso sacerdote se aprestó a ayudarle y le ocultó.

Como Larry había temido, los pasos eran del sobrecargo, el cual se había propuesto dar al polizonte su merecido.

No llegó a tiempo de ver a Larry entrar en el camarote, pero oyó el ruido de una puerta al cerrarse y le pareció ver que el picaporte de una de ellas, la que pertenecía al camarote del cura, se movía.

Aquella era la que se acababa de cerrar, y por cierto con extraña precipitación.

Corrió a abrirla y se encontró con la mirada fría del sacerdote.

—Perdone, padre. ¿Ha visto usted penetrar aquí un joven cubierto con una gorra azul?

El padre quedó un momento vacilante, pero en seguida respondió con firmeza:

—No, no he visto a ningún joven cubierto con una gorra azul.

El sobrecargo volvió a excusarse y se retiró cerrando la puerta.

Entonces el sacerdote exclamó elevando los ojos al cielo:

—Bien sabes, Dios mío, que no he mentado. Este joven ha penetrado aquí con la gorra en la mano. Por consiguiente, no he visto a ningún joven cubierto con una gorra azul.

—Gracias, padre—dijo el policante—. Si Dios me sigue ayudan-

do así, triunfaré en mi empresa.

—Confía siempre en él, hijo mío, y pídele que perdone tus faltas. Pero, además, hemos de procurar que no te descubran. Quitate esa gorra azul, que ha llamado la atención del sobrecargo y ponte este sombrero que yo he traído para el viaje.

Y así pudo Larry despistar al sobrecargo durante veinticuatro horas más.

IV

Otro personaje conocido se había embarcado en la nave de los aventureros.

Este personaje era Jack Locasto, el que trajera, además de una considerable cantidad de oro, la noticia de la riqueza del Klondike.

Jack no podía abandonar las minas que había descubierto y registrado legalmente.

Había dejado al cuidado de ellas a personas de su confianza, pero sabía que el oro es mal amigo de la fidelidad y resolvió regresar inmediatamente a la región del Klondike, a pesar de las protestas de su esposa, la cual se quejaba de la soledad en que los negocios de su marido la tenían siempre.

Estas consideraciones conyugales, lejos de enternecer a Jack, le hacían apresurar sus continuos viajes.

No tenía carácter para ser com-

pañero de una misma mujer más de dos meses. Precisamente si se alegraba de tener que marchar al Klondike era por alejarse de aquel amor empalagoso y dulzón, quejumbroso y sumiso que le profesaba su esposa.

Así calificaba Jack el cariño abnegado y santo de su mujer.

La fortuna perseguía a Jack tenazmente. Cuando jugaba al poker con sus compañeros de viaje los desplumaba. Cuando entraba a la sala de juego del barco, donde funcionaba una gran mesa de ruleta, la banca se echaba a temblar.

Jack tenía el mejor camarote y sólo se preocupaba de distraer lo mejor posible el tedio del viaje, jugando, fumando y flirteando con todas las muchachas jóvenes que se le ponían a tiro.

En esta última clase de distracción había obtenido un fracaso que le irritaba. La causante era Berna.

Había logrado entablar amistad con ella por mediación de su tío, al que conocía, pero la amistad no pasaba nunca adelante. Todos los avances que Jack trataba de imprimirle, se estrellaban contra la honestidad incommovible de la muchacha.

Comprendió que ganándose la voluntad de los tíos, éstos podían ayudarle en sus propósitos, y se mostró espléndido con ellos, asegurándoles que le habían sido simpáticos.

Los obsequios menudeaban y les prometió ayudarles en el negocio que se proponían establecer en el Klondike. Pondrían un restaurante montado a la moderna y él se encargaría de atraer a él la gente.

Los tíos de Berna estaban locos de alegría con el caballo blanco que les había caído en suerte, y cuando éste les habló de su simpatía hacia Berna no vacilaron en ejercer presión en la muchacha pa-

ra que les asegurara la protección del opulento Jack.

Pero ni aun así lograba éste dar un paso en el corazón de la fascinadora Berna, en tanto Larry se adentraba cada vez más en su pensamiento.

Entretanto, la amistad del noble Lars y del amilanado Jim, el cabeza de la abundante familia que había quedado en California, se había estrechado hasta la fraternidad.

Ocupaban el mismo camarote y andaban siempre juntos haciendo proyectos.

En un sitio muy visible del camarote, en el puesto de honor, por decirlo así, se veía un extraño objeto con finalidades decorativas: una plancha.

Era la mascota de Lars, la plancha que le hiciera huir y saltar al vagón cargado de troncos, donde tomó la determinación de dirigirse al Klondike.

Lars la acariciaba y la besaba frecuentemente, dirigiéndole palabras mimosas, tales como: "planchita de mi corazón", "pobrecita de mi alma", etc., etc.

• • •

No teniendo mejor cosa que hacer, Berna se había instalado con su abuelito en un palco de la sala de juego y desde allí seguía con horror el ir y venir de fichas y billetes.

Jack ocupaba uno de los asientos alrededor de la gran mesa y amontonaba ante sí fichas de varios tamaños y colores.

Al recoger una de las multiplicadas posturas le cayó una ficha al suelo, pero no se preocupó de recogerla. Nadie la había visto caer. No tenía ganas de levantarse ahora.

Entró Larry en la sala tocado con el sombrero que el cura le había prestado.

Lo primero que descubrieron sus ojos fue la abandonada ficha.

Miró a su alrededor y, advirtiendo que nadie daba muestras de ser su dueño, se inclinó a cogerla.

Sintió entonces la atracción de una mirada, levantó la cabeza y se

encontró con los ojos resplandecientes y acariciadores de Berna.

Le mostró alegremente la ficha y le dijo por señas que se la iba a jugar.

Berna le animó a ello emocionada. Si ganaba podría pagarse el billete y terminar el viaje tranquilo.

Larry arrojó la ficha sobre el tapete y ésta quedó sobre un número. Allí la dejó.

Se volvió Jack al ver pasar la ficha sobre su cabeza y después de comprobar el humilde aspecto de Larry, miró al suelo, dándose cuenta de que la ficha voladora era la suya.

La bolita rodaba sonoramente. Larry se acercó a la mesa paso a paso, sujetándose con una mano el corazón. Berna estaba como fascinada por el girar de la caprichosa rueda.

Cesó el rodar de la bola y el croupier cantó un número. La ra-

queta limpió de fichas el tapete dejando sobre él una sola, la de Larry.

Levantó el joven los ojos henchidos de alegría y encontró los conmovidos de Berna que le felicitaban.

Esta mirada fué sorprendida por Jack.

Cuando Larry retiró las treinta y seis fichas, oyó una voz a su lado que le dijo:

—Gracias, joven, por haberme jugado tan bien esa ficha que se me acababa de caer.

Y Jack, que no era otro el que así había hablado, cogió con ambas manos el número de fichas y lo corrió hacia su puesto.

Larry se quedó un momento estupefacto, pero se rehizo en seguida, y, sonriendo como si acabaran de gastarle una broma, recuperó el rimero de fichas y cogiendo una de ellas con los dedos, se la entregó a Jack.

—He aquí su ficha, señor. Las demás las he ganado yo y son mías.

Jack sonrió también, tomó la ficha y volvió a atraer hacia sí el montón que formaban las demás.

Desapareció la sonrisa de los labios de Larry.

—Yo no consiento que se quede nadie con lo que me pertenece,

Y tendió de nuevo la mano.

Pero Jack le sujetó por una muñeca.

—Lo que te pertenece a ti no son las fichas: es esto.

Y, rápidamente, sin dar tiempo a Larry a prevenirse, le dió un fuerte puñetazo en la mejilla.

Larry rodó por el suelo conmovido. Se incorporó hasta sentarse y entonces, entre las brumas del aturdimiento, vió la mirada llena de inquietud de Berna.

Sonrió para tranquilizarla y le guiñó un ojo como diciéndole:

—Ahora verás quién soy yo.

Se levantó con el propósito de dar a Jack la debida réplica, pero éste, comprendiéndolo, no le dejó ponerse en pie y descargó su puño en pleno rostro de Larry.

Fué un puñetazo tremendo. El joven volvió a caer con el rostro ensangrentado. Se armó la consiguiente algarabía y acudieron varios tripulantes, entre los que figuraba el sobrecargo.

Éste se dirigió al caído por primera providencia para ver la gravedad que había tenido el puñetazo.

Le levantó pasándole la mano por la nuca sin contemplaciones y al ver el rostro del caído, sin sombrero y con el cabello revuelto, reconoció en él al polizonte y, en vez de ordenar se le prestara auxilio, dijo a sus hombres le llevaran al camarote de arresto, adornando la orden con estas terribles palabras:

—Cuando vuelva en sí, le voy a acabar de romper las narices.

Jack reía muy satisfecho de su hazaña.

Berna se había apresurado a acudir en auxilio del joven.

Y ya se lo iban a llevar los marineros, cuando una voz dijo desde la escalera:

—Ese joven es amigo mío y yo le pagaré el billete.

Todos se volvieron y Berna con más sorpresa que los demás.

Al ver al sacerdote y al oír sus palabras, el sobrecargo adoptó una temerosa y respetuosa actitud. Su gusto hubiera sido vengarse de aquel joven que se había burlado de él, pero se quedó con las ganas.

—Entonces—dijo a los marineros—, llevadle al botiquín y curadle.

—No — replicó Berna interponiéndose—. Llévadle a mi camarote. Yo le curaré.

V

Recobró el conocimiento en seguida y él mismo marchó por su pie al camarote de Berna.

Ésta conducía del brazo a su abuelito.

Le quitó las botas como siempre y como siempre le arregló la almohada.

En seguida procedió a la cura de Larry.

Había acostado a su abuelo con prisa y sin dejar de mirar al joven mientras lanzaba exclamaciones que denotaban su inquietud acerca del estado de Larry.

Éste sonreía para tranquilizarla.

Puso agua Berna en una palangana y buscó en su equipaje un paño limpio.

Le lavó las heridas, que eran muy leves, le cortó la hemorragia nasal aplicándole un objeto frío en la nuca y le hizo sentar sobre los

fardos del equipaje para que descansara y se repusiera.

—No se preocupe usted, Berna. No ha sido nada. Su puño ha sido más oportuno que el mío, pero yo lo doy todo por bien empleado. Ya ve usted que me han pagado el billete. Además, he tenido la dicha de ser curado por sus manos.

Ella cogió, las acarició. Ella se volvió hacia el abuelito que ya dormía, con temor de que hubiera oído las imprudentes palabras.

Larry no le soltaba las manos.

—¡Berna, Berna!... ¡Qué buena es usted! Desde hoy tendré dos motivos que justifiquen este viaje. Uno: el oro del Klondike; otro: el estar cerca de usted, el gozar de su dulce amistad.

Berna retiró las manos instintivamente.

Había sorprendido en los ojos

de Larry algo efusivo y cálido que le daba miedo... un miedo suave y dulce...

—¿Cómo se ha atrevido usted, Berna, a emprender esta ruda aventura? ¿Sabe usted lo que nos espera cuando desembarquemos? Un desierto nevado de mil kilómetros. Mil kilómetros de camino para llegar a la región del Klondike. No hay vehículo ninguno que nos lleve. Habremos de ir a pie... ¿Está usted segura de que podrá resistir tamaña prueba?

—Ya me habían hablado de eso de que usted me habla. Ya me habían dicho que el viaje era muy duro. Pero ¡son tan grandes mi necesidad y mi deseo de llegar!

Relampagueaban sus ojos.

Fulguraron también los de Larry.

—Sí, Berna, sí. Llegará usted, porque usted se lo merece todo. Llegará usted y con el oro del Klondike podrá dar cima a todas sus ilusiones. Tendrá usted magníficos vestidos, joyas valiosas.

Y añadió en seguida, sin apartar sus ojos de los de ella:

—Yo me compraré un yate y un

buen tiro de caballos. Además me haré construir una casa con cien ventanas. ¡Cien ventanas! ¡Fíjese usted cómo será de grande!

Berna relata contagiada de aquel delirio juvenil, pero de pronto se puso seria para responder:

—A todo lo que aspiro es a poseer una casita junto al mar en la que mi abuelito pueda vivir tranquilo, sin trabajar y sin preocupaciones de ninguna clase. Sólo a mi me tiene en el mundo para que le dé todo esto. Yo no tengo medios para dárselo. Me falta el talento y el capital para emprender un negocio. Mi trabajo es un trabajo sencillo que sabe hacer cualquier niña y que se paga muy mal. De él estábamos viviendo, mal viviendo cuando Jack Locasto volvió del Klondike con una carga de oro. En seguida pensé que sólo así, en una empresa en la que no influya el talento y el dinero, sino el valor y la suerte, podría dar a mi abuelo lo que necesita y merece. Por eso no vacilé en embarcarme. Bien es verdad que puedo pagar mi atrevimiento con la vida, pero para vi-

vir sufriendo es preferible no vivir... Y si triunfo...

Se detuvo un momento. Sus ojos eran dos ascuas llenas de vivos matices, un nimbo de entusiasmo la envolvía.

—Si triunfo... ¡Qué felicidad, Dios mío, qué felicidad!...

Se sintió incapaz de traducir en palabras lo que rebullía en su pensamiento y en su corazón.

Larry estaba como extrañado de lo que acababa de oír.

—¿No son parientes de usted los señores de Bulkey, Berna?

—Sí, lo son. La señora de Bulkey era hermana de mi madre.

—¿Acaso son tan pobres como usted?

—No, ellos tienen propiedades en un pueblo cercano a San Francisco.

—Entonces, no comprendo cómo la dejaban pasar tantas angustias.

—Ellos me escribían una carta todos los meses.

—Eso no es bastante, Berna. Usted es una mujer, casi una niña. Tenían el deber de ayudarla a de-

fender su vida y la de su pobre abuelo.

Berna se encogió de hombros. Estaba acostumbrada al egoísmo de las gentes y ya no le parecía un defecto sino una cosa natural e inseparable del individuo.

—Pero hemos quedado en que pronto se solucionará todo, Larry. Yo me compraré una casita junto al mar...

—Y yo pasaré con mi yate por delante de su casita.

—Y con su tiro de caballos.

—Pero usted vendrá algún día a visitar mi casa de cien ventanas.

—Pero no me pida usted que me asome a todas.

Rieron los dos. De pronto, se dieron cuenta de que tenían las manos enlazadas y de que, hablando, hablando, habían aproximado tanto sus cabezas que casi se tocaban.

Pero ni se retiraron ni se desunieron.

Al contrario, Larry estrechó y estrechó aquellas manos y exclamó lleno de contagiosa emoción:

—¡Qué bella eres, Berna! ¡Qué bella, y qué dulce, y qué generosa!

Berna, Berna mía... Ya ves que te amo.

Esta vez no se retiró Berna a impulsos de aquel miedo instintivo y dulcísimo.

Sintió un extraño placer en dejarse atraer hacia Larry, en dejarse rodear por sus brazos robustos y jóvenes; y en dejarse besar apasionadamente.

El beso había resonado en el silencio del camarote como un estampido triunfal.

El abuelito se despertó.

—¿Qué ha sido eso, Berna?

Ella se deshizo, azorada, de los brazos de Larry.

—Nada, abuelito, nada. Ha sido... que he cerrado la puerta.

—¡Ah!

El abuelo volvió a acostarse y a dormirse.

Pero desde entonces, cuidaron Larry y Berna de que sus besos no hicieran ruido.

VI

Un día se oyó el alegre grito de:
—¡Tierra!

Todos corrieron a la borda, entre ellos Berna y Larry.

En efecto, el mar terminaba antes de llegar al horizonte.

Pero Berna no estaba conforme con el grito triunfal que acababa de oír.

—Eso no es tierra, Larry. Ahí no se ve más que nieve.

—Ahora toda la tierra será así. Nieve y más nieve. Mil kilómetros de nieve nos separan de la región del Klondike. Esa costa pertenece

a la ciudad de Dyea. Ahí comienza nuestro camino.

—¿Por qué hablas con ese tono de pesadumbre, Larry? Piensa que esa inmensa extensión nevada está cuajada de oro que sólo espera la llegada de nuestras manos.

—¡Es verdad, Berna!—exclamó Larry gozosamente—. Ahí me espera un tesoro, pero ya he encontrado otro en el camino. Te he encontrado a ti. Eso te llevo de ventaja, Berna.

—No me llevas ninguna ventaja, Larry. También te he encontrado a ti yo.

* * *

Al día siguiente comenzaba la penosa marcha a través del desierto de nieve.

Antes de partir, Jack, que había adquirido un trineo apenas desembarcara ofreció a Berna:

—Voy al Klondike. Si quiere usted la conduciré en mi trineo.

Pero Berna se apresuró a responder:

—No, muchas gracias.

—Bien. Ya nos reuniremos en el Klondike, si es que logra usted llegar.

Cada día infundía a Berna más terror aquel hombre que la miraba de un modo tan extraño y que no había cesado de perseguirla mientras duró el viaje.

La primera jornada fué suficiente para que Berna se diera cuenta de la dureza del camino.

Hacia un frío intenso. Los pies se hundían en la nieve haciendo el paso mucho más penoso. La carga de provisiones para el largo camino había de ser tan abundante, que constituía una verdadera rémora y centuplicaba las dificultades de la expedición.

Berna marchaba al lado de Larry y conducía del brazo a su abuelo. Detrás iban los tíos de Berna y delante Lars, Jim y el sacerdote. Entre todos se habían repartido las provisiones de modo que Berna

sólo tuviera que preocuparse de su abuelo.

Pero no por eso disminuía para Berna la angustia de la situación.

Su abuelo no podía dar un paso a los tres días de camino y sólo pudo seguir adelante gracias a un viajero que pasó en un trineo y que hizo la merced a la joven y al anciano, de conducirlos por el camino de los expedicionarios, que también era el suyo.

Varias veces se le helaron las manos al viejo y otras tantas cayó del vehículo al perder las fuerzas para anirse a él en las curvas, y otras tantas se detuvo el paciente viajero para recoger al caído.

Por las noches, al acampar, Berna se veía con Larry y todas las noches decía lo mismo:

—Cada día estamos más agotados, Larry. Tengo la seguridad de que mi abuelo no podrá resistir.

Y todas las noches contestaba él lo mismo:

—¡Valor, Berna! Piensa en nuestra casa con cien ventanas.

Y como al mismo tiempo la rodeaba con sus brazos comunicándo-

le el calor de su cuerpo, siempre continuó. Vamos en busca de la felicidad y de la fortuna.

—Es verdad, Larry. Debemos

* * *

Los viajeros del barco que había terminado su ruta en Dycá habían resuelto hacer el camino todos juntos, para ayudarse unos a otros. Por eso Larry, el sacerdote, Lars, Jim y los tíos de Berna, formaban parte de una larguísima fila que serpenteaba a través de aquel mundo de nieve.

Jim estaba tan extenuado, que Lars tuvo que aliviarle del peso de la carga.

El ex leñador resistía perfectamente las inclemencias del camino y aun le quedaban ánimos para improvisar chistes que solían dirigirse contra el beatífico y agotado Jim.

Nunca se separaba de él la plancha, su querida mascota. La llevaba colgada de las cuerdas del equipaje y ello dió lugar a que un día cayera sobre el pie del que iba detrás.

Este puso el grito en el cielo.

—¡Podías echar al infierno esa planchita!

Pero Lars, en vez de tirarla la sujetó bien al equipaje, pasando las cuerdas por el asa, se echó la carga al hombro y continuó su camino tan campante, explicando al que había sido tan irreverente con su mascota, lo que aquel utensilio casero significaba para él.

Como Lars había pedido ayuda a Jim para que le asegurara el equipaje en la espalda, éste había quedado detrás del leñador.

Continuó el camino arrastrando los pies. En un instante de desfallecimiento alargó instintivamente la mano y se asió a lo primero que halló a su alcance: el asa de la plancha que sobresalía del equipaje de Lars como una tabla de salvación.

Anduvo así unos cuantos pasos y en seguida se dió cuenta de dos

cosas: primera, que colgándose de la plancha se andaba muy bien; segunda, que Lars no podía advertir su maniobra porque ésta se realizaba a sus espaldas.

Estas consideraciones le llenaron de gozo, de un gozo resplandeciente que iluminó su semblante.

Y, desde entonces, procuró ocupar siempre el puesto inmediato a Lars. Se cogía al asa de la plancha y el rudo camino le parecía así un paseo.

En cambio, en Lars produjo este hecho efectos muy distintos. Se cansaba enormemente, cosa tan rara en él que acabó por decirse que debía de estar enfermo.

Una vez se volvió para consultar a Jim sobre este extremo y le sorprendió verlo animoso y sonriente.

—¿Es que no estás cansado?

—Al contrario, Lars, me siento con ánimos para andar durante cuatro o cinco horas más. El camino es cada vez más rudo, pero los miembros se van acostumbrando.

—¿Estás seguro de que se van acostumbrando? —preguntó lleno de inquietud.

—Segurísimo.

—¡Ay madre de mi corazón! ¡Yo debo de estar muy enfermo!

—¡Bah! —sonrió Jim para animarle—. Eso son imaginaciones tuyas. Haz lo que yo. Piensa en lo que te espera al fin de todas estas penalidades y verás como te animas. ¡Vamos, valiente! ¡Adelante!

Lars continuó el camino. A cada paso le parecía que el corazón se le iba a salir por la boca.

Por la noche, cuando acamparon, tuvo que encargarse Jim de levantar la tienda.

Lars se dejó caer en el improvisado camastro.

—¡Ay madrecita de mi corazón! Yo estoy muy grave.

—¡Vamos, vamos! Pareces una criatura. ¿Qué dirá el que te oiga lamentarte de ese modo? Pues dirá sencillamente que eres de pasta de merengue.

Mientras esto decía, Jim había preparado un líquido y, desnudándole la espalda, procedió a darle una fricción, que ciertamente hizo a Lars mucho bien.

Después, extrajo del fondo del

equipaje una magnífica torta que no tenía más defecto que la de estar un poco dura y se la ofreció. Como postre, le dió un poco de ron de un frasquito que guardaba como oro en paño.

—Eres un buen amigo, Jim.

—Nada de eso, Lars. Pienso solamente que mañana hemos de hacer la jornada más dura y quiero que estés en condiciones.

Tenía razón Jim. No hubiera hecho menos un caballero por su caballo.

VII

Efectivamente, la jornada del siguiente día era más dura. Venían los charcos helados y los desfiladeros, las altas montañas de nieve y las profundas simas.

El camino era abrupto e irregular. El frío, más intenso que nunca.

Para colmo de desdichas, el viajero que transportaba a Berna en su trineo se había desviado del camino de los expedicionarios y la joven había de hacer el camino a pie con su abuelito.

Al partir, Lars se mostraba sumamente contento. Como había descansado se le habían curado todos sus males.

—Me encuentro muy bien, Jim. Efectivamente, mi enfermedad debía de ser tan sólo una preocupación mía.

—¡Claro, hombre, claro! ¡Adelante, valiente!

Y apenas le volvió la espalda Lars se cogió al asa salvadora.

Poco a poco, y cuando ya llevaban algunas horas de marcha, Lars notó que el mal volvía a apoderarse de él. Se volvió y vió a Jim sonriente y animoso como nunca.

—Pero, ¿tampoco hoy te cansas, Jim?

—Tampoco, Lars. La esperanza me mantiene.

—¡Ay madrecita mía de mi corazón! De mí se debe de haber apoderado una enfermedad terrible. ¿No te parece, Jim?

—¡Bah! Eso son imaginaciones tuyas. ¡Adelante, valiente!

Y Lars siguió adelante.

Les abrían el paso Larry y el sacerdote, y todos juntos treparon por colinas de nieve, cruzaron helados charcos y descendieron abruptas honduras.



... sentada sobre unos fardos de ropa, una muchacha de rostro fascinador.



Fray Lery al final de su discurso.



—¿pero Larry se llevó a tiempo un dedo a los labios.



Cuando llegue al póker con sus compañeros de viaje les desayunaba.



Todos contienen a la borla, e entre ellos Bema y Larry.



—No, muchos gracias.



... y otras tantas cayó del vehículo...



... hizo entrar en celos a sus pies...

Miraba el sueldo fiemente.



Después la pidió y la compuso.



Cogió brevemente el revólver, apuntó y disparó,



— ¡U me empleaste aquí.



—¿Por qué me desprecias, Berna mía?



—¡Draño de una vez y que se vaya!



... sacó el revólver y disparó contra él.



Con frecuencia era invitado a comer por el matrimonio.

Ante ellos se abría un desfiladero y la vanguardia de los expedicionarios ya había penetrado en él.

El grupo capitaneado por Larry se había quedado atrás a causa de la extraña enfermedad de Lars, la cual se iba agravando por momentos.

De pronto notó éste que el peso de su espalda se aligeraba, sonó un grito seguido de un chapuzón y vió que Jim caía de espaldas en una charca con su mascota en la mano.

Era que a fuerza de descolgar de la plancha todo el peso de su cuerpo, Jim había terminado por romper las cuerdas que la sujetaban al equipaje de Lars.

Todos los del grupo se detuvieron y ayudaron a salir a Jim de la charca. Pero Jim salía solo, y al hacer Lars esta consideración, se sintió curado repentinamente de todos sus males y se arrojó de cabeza a la charca, en busca de su querida mascota.

Logró dar con ella, salió del agua y procedió a volver a atarla al equipaje, tarea que resultó larga

a causa de la rotura de las cuerdas.

Uno de los del grupo exclamó, dirigiéndose a Lars:

—Si no te das prisa, o mandas esa plancha al diablo, te dejaremos solo. Estamos perdiendo el tiempo lastimosamente.

—¡Ay mi madre de mi alma y de mi corazón! ¿Abandonar yo a mi mascota? Vete tú al diablo y déjame con mi plancha.

No bien hubo pronunciado estas palabras cuando un estruendo sordo les hizo volver a todos la cabeza.

Las paredes del desfiladero por el cual marchaba toda la vanguardia de la expedición se desplomaban formando arrolladoras cataratas de nieve. Y a este fragor infernal se sumaban los gritos de angustia de los expedicionarios a los que alcanzaba la terrible avalancha.

Un pensamiento pasó rápidamente por el magín de Larry.

Berna iba con su abuelo casi a la vanguardia de la expedición y precisamente era aquella parte la

que había sido sepultada por la nieve.

Corrió como loco y tuvo la suerte de llegar en el instante en que los últimos residuos del desmoronamiento sepultaban a Berna.

Logró extraerla de la nieve y se la llevó en brazos por el desfiladero antes de que se produjeran nuevos desmoronamientos, a pesar de las protestas de Berna, la cual estaba empeñada en no moverse de allí hasta encontrar a su abuelito.

—Toda busca aquí es inútil, Berna. El aluvión de nieve ha sido inmenso y estaríamos horas y horas buscando en vano en el mar de nieve. Es decir, horas y horas no, porque moriríamos antes. Mira—y deteniéndose en la desembocadura del desfiladero, con todos los supervivientes de la catástrofe, la hizo contemplar desde lejos el espectáculo aterrador de un nuevo desplome—. Y esto se estará re-

pitando acaso durante cuatro o cinco horas. Habremos de buscar otro camino.

Cuando los supervivientes llegaron al lado de Lars, el cual continuaba al borde de la charca atando su mascota, el leñador decía a uno de sus compañeros:

—¿No decías que tenías prisa en marchar? ¿Por qué no te has ido? Ahora estarías ya en el otro mundo. Eso para que sigas dudando del influjo benéfico de mi querida planchita, a la que debemos el habernos detenido aquí.

Berna estaba desconsolada. Únicamente la compañía de Larry pudo ser en aquel trance un lenitivo para su dolor.

Antes de continuar la marcha, Berna clavó una cruz de madera en la nieve desmoronada y tanto ella como Larry derramaron lágrimas sobre la blanca sepultura de su abuelito.

VIII

Al llegar al lago Bennett la expedición acampó para esperar que con la primavera se iniciara el deshielo y poder continuar el viaje por las aguas de un río afluente del Yukon.

Por este motivo ni un solo hombre permaneció inactivo. Todos estaban ocupados en la construcción de embarcaciones.

Lars demostró sobradamente sus cualidades de leñador, abatido en pocos minutos árboles gigantes.

Tan enormes eran, que para aserrarlos había que colocarlos sobre un tinglado de madera. Un hombre se colocaba arriba, junto al tronco, y otro en el suelo. Cada uno sujetaba por un extremo las enormes sierras y así iban convirtiendo en tablas los gigantes de los bosques.

Uno de estos troncos les correspondió a Lars y a Jim, y también en esta ocasión el indolente hombrecillo halló el modo de evitar la fatiga. Como estaba encima del tronco y ésta impedía que Lars pudiera verle, le dejaba con su acostumbrada generosidad todo el trabajo al leñador.

Sujetaba la sierra con una mano haciendo en ella tan sólo la presión necesaria para que Lars notara su presencia arriba, y con la otra fumaba tranquilamente.

No contento con esto y viendo que junto a la plataforma terminaba el tronco escueto y flexible de un arbolillo joven, lo dobló y lo ató a la sierra, de modo que el árbol tiraba de ella, dando a Lars la sensación de que si bien Jim no hacía ningún esfuerzo para dirigir

la sierra hacia abajo, echaba el resto para tirar de ella.

Pero se le ocurrió a Lars una vez soltar la sierra y le sorprendió la rapidéz con que ésta se elevó. ¿Tanta fuerza tenía Jim? También era extraño que la sierra no bajara. Repitió la experiencia y obtuvo un resultado igual.

Asombrado, salió de debajo del tronco y miró hacia arriba.

Entonces su asombro se cuavirtió en estupefacción. Vió la sierra atada en lo alto del arbolillo y a Jim con los brazos cruzados y contemplando plácidamente el panorama.

Por asociación de ideas recordó entonces algo que no había llegado a aclarar. ¿Por qué, cuando cayó Jim a la charca, tenía la plancha en la mano? Era evidente que estaba cogido a ella. Esto bastó para que Lars lo comprendiera todo. Aquel sinvergüenza se colgaba de la plancha dejándole a él el trabajo de arrastrar a los dos, así como ahora le dejaba él de aserrar por ambos.

Le dió un grito que lo tambaleó

y le obligó a bajar de la plataforma.

—Coge la sierra y trabaja hasta que te caigas hecho pedazos. Lo del arbolillo ha sido una excelente idea. Así no es necesario que esté yo arriba.

Y como Jim no se decidía a obedecerle, un puntapié de Lars le demostró que no había más remedio que pasar por el aro.

Entretanto Larry y Berna hacían como tantas otras veces proyectos sobre el porvenir en la intimidad de su tienda de campaña.

Desde que muriera el abuelo, Larry era novio y tutor de su adorada Berna y ella se sometía a su voluntad y a su amor con esa dulce sumisión que sólo puede producir el cariño verdadero.

Pero el idilio fué interrumpido por una nube de mosquitos, que tomó por asalto la tienda.

—Esto es la primavera, Berna. Ya me extrañaba a mí que nos dejaran descansar.

—Si apagaras la luz nos dejarían tranquilos.

—Es verdad. Has tenido una gran idea.

Y Larry apagó la luz, volvió a tientas al lado de Berna y la obligó a depositar la cabeza sobre su pecho. Se envolvieron bien los dos en una manta y esperaron apaciblemente a que el sueño acudiera a sus párpados.

También Lars, que con Jim y el sacerdote se habían refugiado en la tienda, advirtió la presencia de la nube de mosquitos.

—Es la primavera.

—En efecto—convino el sacerdote dando manotazos en el aire.

Entonces tuvo Lars un recuerdo.

—Esperen ustedes—exclamó—. Antes de tomar el barco, compré un remedio infalible contra los mosquitos.

Y extrajo del equipaje aquel paquetito cuadrado que no había desenvuelto aún.

Lo desenvolvió y quedó perplejo al ver que se trataba de dos maderitas muy pulimentadas y lisas.

Entre las dos maderitas había un papel, un prospecto explicativo y Lars lo leyó en voz alta:

“Deposite usted el mosquito sobre una maderita y dése un fuerte golpe con la otra.”

Lars quedó un poco desconcertado, pero procedió a seguir las explicaciones del prospecto. Cazó un mosquito. Lo depositó en una de las maderitas y lo aplastó golpeándola con la otra.

—¡Toma, pues es verdad!

Pero el sacerdote hizo algo más práctico: apagó la luz.

Comenzó al fin el deshielo, corrieron las aguas del río y los expedicionarios continuaron el camino en las frágiles embarcaciones.

Arrastrados por la furiosa corriente muy pronto fueron a parar a los peligrosos y rápidos saltos de White Horse.

Y algunos, muchos de ellos, desaparecieron para siempre bajo las aguas turbulentas.

Berna y sus tíos iban en una

embarcación y Larry en otra con Lars, Jim y el sacerdote.

Al entrar en los peligrosos saltos Berna y Larry cruzaron un saludo, que podía ser una despedida y podía ser una señal animosa para confortarse en aquel momento de peligro.

Los frágiles botes parecían cáscaras de nuez en aquella especie de furioso torrente.

De pronto oyó Larry la voz de Lars que decía:

—La embarcación de Berna ha perdido el timón.

Miró Larry hacia el bote que ocupaba su novia y vió que en efecto la barca saltaba y zozobraba como un papel a merced del viento.

Ni siquiera un segundo tardó Larry en tomar la arriesgadísima decisión que inmediatamente puso en práctica.

Se arrojó al agua y se dejó llevar de aquel furioso torbellino. De nada le servía saber nadar. Iria a parar a donde la corriente quisiera.

Lars se tapó los ojos con las manos al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Ay madrecita mía de mi vida y de mi corazón!

Y estuvo así, con los ojos tapados, un largo momento.

Cuando abrió los ojos, vió que la corriente arrojaba el cuerpo de Larry sobre el bote en peligro, y que el joven se asía a él y saltaba al interior. Había sido un verdadero milagro. Dios quiso que la corriente arrastrara a Larry precisamente hacia donde estaba el bote.

El joven, dándose cuenta de la situación hizo lo que el tío de Berna, en su azoramiento, no había sabido hacer.

Se apoderó de un remo y utilizándolo a modo de timón pudo gobernar el bote, hasta que pasaron la peligrosa zona de White Horse, desembocando en las aguas tranquilas del Yukon.

Unos días después llegaban a Dawson, la ciudad del Klondike, que era el centro de los buscadores de oro y que había sido fundada por los expedicionarios que precedieron a Larry, a Berna y a sus demás amigos.

IX

Cuando llegaron a aquella especie de tierra de promisión, se dieron cuenta de que el Klondike no era tan bello como se lo habían pintado.

Por cada mil que buscaban, dos de ellos encontraban oro y los demás sólo la amargura del engaño.

Por otra parte, sólo se veía allí gentes enloquecidas por la codicia, cegadas por el resplandor del metal que tan oculto estaba, y las escenas desagradables aterraban diariamente a las almas generosas.

Se vió el caso tremendo de que dos hermanos que habían prometido ir a medias en el negocio, riñeron por el oro maldito y uno de ellos pereció apuñalado por el otro.

Berna, sin embargo, no perdía la esperanza de llegar al fin es-

plendoroso que la pusiera por encima de todas aquellas miserias.

Jack, cumpliendo su promesa, había montado el restaurante a los tios de Berna, los cuales habían obligado a ésta a que se cuidara de servir a los clientes, porque esto entraba en las condiciones del aventurero Locasto.

Su tía la obligaba a pintarse y a poner cara alegre a los parroquianos y Berna soportaba pacientemente todos estos sacrificios, porque esperaba que Larry hallara al fin el oro que había de solucionar la vida de ambos.

Pero Larry volvía siempre con las manos vacías. Acompañado de Lars y de Jim realizaba excursiones que duraban semanas enteras para regresar de ellas rendido por la fatiga y abrumado por la desesperanza.

De día en día iba haciéndose más insoportable para Berna aquella vida que repugnaba a sus sentimientos y al mismo tiempo iba perdiendo las esperanzas.

Como el restaurante iba de mal en peor, pues si bien es verdad que podían vender un huevo frito por dos dólares, al día siguiente los habían de comprar a tres dólares cada uno, Berna se vió obligada por su tía a acentuar el carmin de los labios y el colorete de las mejillas y a ser más condescendiente con los parroquianos, los que animados por su aspecto, se mostraban cada vez más groseros.

Berna llegó a la desesperación, a pensar en huir de la tutela de aquellos desalmados tíos, pero comprendiendo que con ello no lograría otra cosa que morir de hambre y de frío, continuaba sacrificándose.

Pero ni aun así lograba mejorar el negocio y los tíos de Berna llegaron a pensar con nostalgia en su casita de San Francisco.

Coincidió con esto el regreso de Jack, el cual volvía cargado de oro y con una idea luminosa en el ma-

gín: mandar a los tíos de Berna a San Francisco para quedarse él solo con la joven.

Al hacerles la proposición, ofreciendo pagarles el billete en el último barco de la temporada que salía de Dawson, ellos, aunque de buena gana hubieran aceptado, se excusaron hipocritamente:

—No podemos ir porque Berna quiere quedarse. Tiene esperanza de que Larry encuentre oro. No vamos a dejarla sola.

—Por eso no se preocupen ustedes. Si Berna se queda aquí yo le buscaré trabajo y se ganará muy bien la vida.

Esto fué suficiente para que los tíos se decidieran a marcharse, dejando a Berna a merced de la perversidad de Locasto.

Aunque éste le hizo proposiciones de continuar en el restaurante, Berna se negó a aceptar y esperó pacientemente en casa de Larry a que éste regresara de su última excursión.

La espera fué larga, porque Larry no regresó hasta que con la llegada del invierno los ríos volvieron a helarse, pero regresó

al fin y esto fué suficiente para que todos los dolores morales de Berna desapareciesen.

Cuando el joven volvió, con las manos vacías, como de costumbre, quedó asombrado al ver el aspecto que ofrecía Berna y mucho más al ver que estaba en su casa y no en la de sus tíos.

Ella le explicó en dos palabras lo ocurrido y entonces Larry se arrojó en sus brazos.

—¡Pobre Berna mía! ¿Por qué te habré abandonado en este infierno.

—Es verdad, Larry. Esto es horrible. Si el oro se ha de conseguir a fuerza de tan incommensurables sacrificios, detesto el oro y prefiero mi antigua vida de privaciones.

—Es verdad, Berna mía, es verdad.

—Te he esperado pacientemente, para decirte lo que ahora te

voy a decir: Vayámonos, Larry. Vámonos lejos de este infierno de oro. Regresemos a nuestro país y recomencemos allí nuestra vida. Se ha establecido un servicio semanal de trineos. Podremos aprovechar el primero que parta. ¿Para qué queremos el oro si tenemos nuestro amor?

—Sí, Berna, sí. ¡Maldito sea ese oro que tanto te ha hecho sufrir! Partiremos en el primer trineo que nos conduzca a las costas del Pacífico. Cuando lleguemos a San Francisco nos casaremos y buscaremos cualquier trabajo humilde pero tranquilo.

Al volverla a abrazar, se dió cuenta de que estaba aterida. Y le friccionó las manos y se las besó. Después, por el mismo sistema hizo entrar en calor a sus pies y también tuvo para ellos dulces caricias.

X

Lars, aunque residía en Norteamérica, era sueco. Hacemos esta declaración, porque de tal circunstancia se derivaron hechos muy importantes.

Al regresar después de la última infructuosa busca, Lars y sus compañeros se dirigieron al único establecimiento de bebidas que había en la ciudad.

Un encontronazo con un desconocido hizo a Lars proferir una exclamación en sueco, exclamación a la que el otro replicó al punto en el mismo idioma que Lars:

—¿Por qué me habla usted en sueco?

—Porque lo soy.

El desconocido le echó los brazos al cuello.

—Yo también lo soy, y para celebrarlo vamos a bebernos unas copas.

Una hora después ninguno de los dos acertaba a pronunciar dos palabras seguidas sin comerse ninguna letra.

Pero mal que bien el desconocido pudo decir a Lars:

—Tú eres sueco como yo y como yo has de ser rico. He descubierto una mina y te diré dónde está para que puedas buscar oro junto a ella.

—¿De veras me dejarás buscar oro junto a tu mina?

—Palabra de sueco.

—Te advierto que he formado compañía con tres amigos.

—Pues que se vengan tus tres amigos también. Pero no lo digas a nadie más porque entonces se vendría detrás de nosotros todo el pueblo.

Antes de que los compañeros de Lars se enteraran, el camarero que

les servía y que había escuchado la conversación, corrió las voces por todo el establecimiento.

En este momento de ebullición, llegó Larry en busca del dinero necesario para emprender el viaje con Berna.

Al verlo, Lars se abalanzó sobre él, lo condujo a un rincón y le dijo de buenas a primoras:

—Somos ricos, Larry.

Y acto seguido le explicó todo lo que había tratado con su compatriota.

Por un momento lucharon en el alma de Larry ideas y sentimientos encontrados. Había prometido a Berna marcharse con ella y no volver a dejarla sola, pero he aquí que precisamente entonces se le ofrecía la ocasión de encontrar lo que tanto tiempo y tan vanamente había buscado.

Y la locura del oro triunfó al fin.

Quando llegó la noche, hora en que el sueco había determinado

conducir a Lars a su mina, las calles estaban llenas de expedicionarios que se disponían a partir en persecución de ellos.

Jack Locasto no quiso desperdiciar esta ocasión de suprimir de una vez a Larry para quedarse completamente solo con Berna y eligió para el terrible cometido a uno de sus mejores camaradas; a Jim.

La vista penetrante de Locasto había sabido descubrir hasta qué punto era capaz el oro de enloquecer a aquel hombre y aunque éste al pronto rechazó indignado la oferta de cinco kilos del precioso metal, Jack le mostró los talegos repletos, varió el oro sobre una mesa e introdujo sus dedos en el brillante montón levantando el oro a puñados y dejándolo caer en fulgurante cascada.

Poco a poco Jim se fué transformando. Se crisparon sus dedos, sus ojos relampaguearon con fulgores incandescentes y tendió a Jack la convulsa mano.

—Trato hecho.

Berna acudió ilusionada al encuentro de Larry.

—¿Has encontrado el dinero para el viaje?

El joven abatió la mirada y sostuvo una rápida y desesperada lucha consigo mismo. Por fin declaró:

—Berna, ha sucedido algo extraordinario. Ahora es seguro que encontraremos oro. Déjame partir y te prometo que volveré rico.

Berna le miró horrorizada.

—¿Pero qué voy a hacer yo sola aquí, Larry?

—Un poco de resistencia, Berna. Retrasemos nuestro viaje unos meses y entonces iremos a San Francisco con una buena carga de oro.

—Pero habré de quedarme sola, Larry, y eso me aterra. ¿No te das cuenta de los peligros que me rodean aquí? ¿Tengo miedo, tengo miedo!

—No eres razonable, Berna. Hemos venido aquí a buscar oro y no vamos a marcharnos precisamente cuando se nos ofrece la ocasión de encontrarlo.

En este momento se oyó en la calle un extraño fragor. Larry se asomó a la ventana y vió que el ruido era producido por la caravana de expedicionarios que iban siguiendo los pasos a Lars y a su compatriota.

—¡Mira, Berna, mira!—exclamó—. Todos van. ¡Por Dios, déjame ir a mí también! ¿Verdad que me dejas?

Berna se había desplomado en una silla. Miraba el suelo fijamente, impávidamente. Comprendía que sería inútil pretender disuadir a Larry. La fiebre del oro había hecho presa en él.

Como no tenía fuerzas para responder, se limitó a mover la cabeza afirmativamente.

Larry la besó agradecido y corrió a la calle.

XI

En el único cabaret que había en Dawson, Jack tenía una amante, la cual, con su perspicacia femenina, adivinaba que otra mujer le estaba robando el amor del hombre más rico del lugar.

Un día se lo dijo francamente y Jack respondió con la misma franqueza:

—Pues, sí. Ando de cabeza por una muchacha y no pararé hasta conseguirla. Por cierto que, para que no lo pierdas todo, había pensado en tu ayuda, ayuda que pagaré espléndidamente.

La posibilidad de un buen negocio cosoló fácilmente a la joven del desamor de Jack.

—¿Qué hay que hacer?

—Llevarla a tu casa y dejarla allí. De lo demás, ya me encargaré yo.

Inmediatamente puso la artista manos a la obra.

Se dirigió a casa de Berna y la encontró sentada en una silla, envuelta en su mantón y con la mirada fija en el suelo.

¿Cuánto tiempo llevaba así? Ni ella misma lo sabía. Estaba pensando, pensando en la locura de Larry y en el abandono de ella.

Había agotado hasta el último céntimo de su exiguo caudal. ¿Qué haría ahora? ¿De dónde comer?... ¿de dónde vivir? Vendrían los días angustiosos, las noches espantosas en que la falta de alimento aumenta el frío hasta lo insostenible...

Este era el estado de ánimo de Berna cuando se presentó la artista.

Berna no se asombró de la inusitada visita. No estaba su espíritu para asombrarse de nada.

—¡Pobre criatura! La ha abandonado, ¿verdad?

—No, no, señora—repuso Berna tratando de mostrarse jovial—. Es que esta vez es seguro que encontrará oro... Además, volverá en seguida.

—No trate usted de disimular. Bien se ve cuál es su tragedia. También he pasado por ella yo. Nada es tan terrible como la soledad de una mujer joven y bella en Dawson, donde no hay ninguna. Por eso he venido aun sin conocerla. Me acuerdo de lo que me sucedió a mí y quiero prevenirla y ayudarla.

Berna ya no trataba de disimular. Aquella mujer le estaba diciendo todo lo que ella había pensado ya.

—¡Pobre criatura!—volvió a exclamar la artista al ver que Berna derramaba lágrimas silenciosas—. Pero no tema. No le sucederá a usted lo mismo que a mí. Venga a mi casa. Yo gano lo suficiente para las dos. En tanto vuelve Larry nada le faltará.

Berna la miraba con asombro a través de las lágrimas.

—Pero ¿es cierto que quiere usted ayudarme hasta ese punto?

—¡Bah! No tiene importancia. Y Berna le besaba las manos.

—Dios se lo pagará.

* * *

Se vió Berna conducida a una habitación de chillona suntuosidad. Cojines de muchos colores. Retratos de mujeres ligeras de ropa. Un tocador lleno de frascos, una *chaise-longue*.

La artista se retiró. Tenía que hacer.

—Mi camarera le dará todo lo que desee.

La camarera comenzó por hacerle quitar el mísero vestido, dándole finas ropas interiores y un elegante peinador.

Después la peinó y la compuso. La perfumó.

Encendió la estufa y se fué.

—La señorita debe descansar. Estará rendida. Cuando quiera vestirse aquí está el ropero.

Al quedarse sola, Berna comprobó que el armario estaba lleno

de magníficos vestidos y abrigos de pieles.

Todo allí era grato y confortable.

El calor de la estufa la llenaba de vida y ejercía en ella una embriagadora reacción. Se le habían coloreado las mejillas.

—Gracias, Dios mío, por haberme ayudado en este momento de peligro.

Se acribió el peinador de encajes como recreándose en la posesión del inapreciable regalo. Nunca había sido ambiciosa en lo referente a ropas y alhajas, pero en aquel trance no pudo menos de advertir las ventajas del lujo.

Se estaba tan bien allí que no sintió necesidad de vestirse. Un calorillo meridional hacía inútiles las ropas.

Y en peinador, como estaba, se tendió en la *chaise-longue*.

De pronto, se abrió la puerta y apareció Jack Locasto.

Con un movimiento de terror instintivo, se puso Berna en pie cerrando el escote del peinador.

Jack se quitaba tranquilamente

la nieve de encima, golpeándose las ropas con las manos.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué ha venido? ¿Quién le ha dado permiso para entrar?

Jack dió una vuelta a la llave y contestó tranquilamente:

—Eso podía preguntarte yo a ti, pero no te lo pregunto. Esta casa es mía. La pago yo.

Instantáneamente, lo comprendió todo Berna.

Su desencanto, su angustia fué tan grande, que se derrumbó en la *chaise-longue*, quedando sentada, con los brazos péndulos y la mirada fija en el suelo.

Mentira, mentira todo. Aquella mujer la había engañado. En vez de defenderla la precipitó en el peligro. No había tal piedad; todo había sido un vil negocio. Jack Locasto le había pagado porque la llevara allí y ella había cumplido su misión.

Era mentira que pudiera librarse de los peligros de su soledad, de aquellos peligros en que tan largamente había pensado desde que Larry se ausentara por última vez.

Sólo dos caminos le quedaban,

sólo dos soluciones tenía el problema: o sucumbir a los apetitos de Locasto o morir de hambre y de frío.

Dejarse morir ¿no era un suicidio? Y suicidarse ¿no era también pecar?

Pero no, no se decidía a aceptar la otra solución. Todo su ser se rebelaba ante la gran vergüenza de entregarse a los brazos de un hombre al que detestaba. Sólo Larry, y cuando la bendición de Dios lo autorizara, tenía derecho a ella.

¡No, no! Por nada del mundo se arrojaría en el cieno de la deshonra. Era preferible una vida de dolor y de hambre, de frío, de muerte lenta.

Pero he aquí que Jack se dirigía hacia ella implacablemente.

Dió un grito de horror pero él replicó con una sonrisa de burla.

Y seguía acercándose, acercándose.

Berna retrocedió a un rincón. Las piernas le temblaban. Se le nublaban los ojos. Se sintió incapaz ni siquiera de levantar un brazo para defenderse.

El hambre, el frío, el dolor, el miedo la habían convertido en un guñapo.

Cuando los brazos criminales la rodearon y los labios impuros buscaron el contacto de los de ella, la niebla que velaba sus ojos se convirtió en completa oscuridad y Berna cayó desvanecida.

XII

Estaban a medio camino, cuando Jim trató de poner en práctica sus planes criminales.

Una noche, cuando dormían todos en la tienda, se incorporó silenciosamente, requirió su revólver, apuntó a Larry y disparó.

No había vacilado un momento en cometer el asesinato. Estaba poseído de una extraña fiebre que anestesaba su conciencia. Ante sus ojos pasaba continuamente la cascada de oro con que Locasto había logrado ganarse su voluntad. Una profunda zozobra, un voraz anhelo le poseía. Llevaba muchas noches sin apenas dormir esperando aquella oportunidad. No era cosa de despreciarla cuando se le había presentado.

Cogió firmemente el revólver, apuntó y disparó.

El fué el primero en saltar de

la cama y, tras él, saltaron los dos suecos.

Jim miraba a un lado y a otro como tratando de descubrir la procedencia del disparo.

Lars salió de la tienda buscando también la mano homicida, pero volvió en seguida al interior, a las llamadas de Jim.

—¡Pronto! ¡Aquí! Larry está herido.

Todos se aprestaron a auxiliarle.

Felizmente la bala le había atravesado un hombro sin interesar órgano ninguno.

Le lavaron la herida y le vendaron. Jim, para llevar más lejos su disimulo, se sentó al lado del herido.

—Yo cuidaré de él. Acostaos vosotros, que la jornada de mañana será dura.

* * *

Al amanecer, comprobaron los expedicionarios que Larry, no estaba en condiciones, ni mucho menos, de reanudar el camino.

—Quédate tú con él, Jim—dijo Lars—y, cuando esté en condiciones, lo conduces a Dawson. Nosotros continuaremos el camino: Desde luego, todo lo que yo encuentre será para los tres y registraré a nombre de los tres las minas que descubra, cuando llegue el caso. En Dawson nos veremos cuando regrese a inscribir las minas.

Se despidió fraternalmente de Larry y le dirigió palabras confortadoras.

Recorrió el camino acompañado por su compatriota y seguido por la caravana de expedicionarios.

* * *

La fuerte naturaleza de Larry le hizo estar muy pronto en condiciones de emprender el regreso a Dawson.

Jim se felicitaba de que le hubieran dejado de enfermero con Larry. Ahora sí que podría dar cima a su terrible empresa. Mil medios se le ofrecían y puso en práctica el más cómodo.

Una noche huyó con la provisión de cerillas, que llevaban siempre en un tubo sin tapadera.

Cuando Larry despertara, se encontraría sólo en medio del desierto de nieve y sin medios para encender fuego, lo cual significaba una muerte segura.

A la temperatura de cuarenta grados bajo cero, los miembros no podían resistir muchas horas sin helarse. Por eso era preciso detenerse varias veces durante la jornada y encender una hoguera para entrar en reacción.

Pero Larry no podría encender hoguera ninguna y moriría indefectiblemente.

De pronto, y cuando ya estaba Jim muy lejos de la tienda, se desencadenó una fuerte tempestad de nieve que le obligó a buscar refugio en un bosque.

Ya iba a encender una hoguera, porque así lo exigían sus miembros,

cuando algo le movió a llevar la mano hacia la nieve, en vez de introducirla en el bolsillo para buscar las cerillas.

¡Sí! ¡Era oro! ¡Oro!

Arañó con afán la helada superficie y cada zarpazo le ofrecía un puñado del precioso metal.

Un placer violento y profundo le dominó y comenzó a lanzar gritos que el huracán arrastraba entre copos de nieve.

—¡Oro! ¡Oro!

Pero advirtió de pronto que le costaba mover los dedos y el peligro de parecer helado le hizo volver a la realidad.

Se llevó la mano al bolsillo y extrajo el tubo de las cerillas.

Se quedó mirándolo con perplejidad. Estaba vacío. Buscó en el bolsillo, creyendo que las cerillas se habrían desparramado en él, y tampoco las encontró.

Le poseyó un terror profundo. Comprendió que al coger el tubo lo había volcado inconscientemente, dejándose las cerillas en la tienda. No pudo advertirlo porque, al realizar la operación, miraba a

Larry fijamente, temiendo despertara y le sorprendiera.

Quiso coger el equipaje para volver a la tienda, pero advirtió con creciente espanto que sus dedos habían perdido la movilidad completamente.

Sus manos estaban rígidas. Comprendió lo que esto significaba. Pronto la rigidez se comunicaría a sus brazos. Pronto pasaría a todo su cuerpo. La muerte sería cuestión de minutos.

Con los ojos desorbitados, mirándose aquellas manos, aquellos brazos que ya no se movían, le invadió un pánico tan profundo, que trató de echarse a llorar y de su boca salió una feroz carcajada.

Había perdido la razón.

Y murió riéndose, riéndose.

Al mismo tiempo que se desplomaba, la tempestad volcó un arbolillo que había a su lado y apreciaron sus raíces materialmente cubiertas de oro.

También estaba lleno del precioso metal el hueco que dejó en la nieve y en la tierra el árbol al desprenderse.

¡Oro... oro!...

Los ojos de Jim, al cerrarse, estaban fijos en el metal amarillo y trágico.

* * *

Cuando Larry despertó y vió que en la tienda no estaba Jim, quedó desconcertado. Buscó su equipaje y no lo encontró. Dió voces de llamada a la puerta de la tienda y no obtuvo respuesta ninguna.

Era evidente que Jim se había ido. Pero, ¿por qué?

Esta pregunta quedó sin respuesta y Larry volvió al interior de la tienda para tomar una determinación.

La única que podía tomar, la única lógica, era marcharse, continuar solo el camino de Dawson.

Peasó inmediatamente en lo más esencial: las cerillas.

¿Podría permanecer jornadas enteras sin fuego en aquel desierto de nieve?

Antes de que pudiera darse a sí mismo la trágica respuesta, sus ojos se fijaron en algo que había en el suelo.

Sin dar crédito a su mirada, se acercó a aquello que había atraído su atención y vió que en efecto eran las cerillas, todas las cerillas que Jim guardaba en el tubo.

Pero el tubo no estaba. ¿Qué quería decir aquello?

Incapaz de resolverlo, decidió emprender el camino de Dawson sin pérdida de tiempo. Nada le interesaba ahora sino regresar a Dawson para reunirse con Berna. Las dolorosas jornadas últimas y los misteriosos acontecimientos que se desarrollaron, le hicieron cobrar un verdadero horror a aquella riqueza que todo lo trastornaba.

Cuatro o cinco horas llevaría andando, cuando descubrió un bulto negro en medio de la blancura de la nieve.

Se acercó y quedó perplejo al ver que el bulto era el cuerpo de Jim y que éste no daba señales de vida.

Al ver en el suelo el tubo de las cerillas, comprendió todo lo que antes no había podido comprender.

Jim había intentado llevárselas.

Había intentado dejarle morir de frío...

Pero, ¿por qué?

Me aquí que cuando creía comprenderlo todo, no se explicaba lo principal.

¿Por qué había tratado Jim de dejarlo morir de frío?

Dió al problema la única explicación posible: Jim se había vuelto loco, había perdido la razón a causa de aquel maldito fulgor del oro que todo lo trastornaba y destruía.

De pronto se fijó su mirada en las raíces del arbolillo.

—¡Oro!—exclamó olvidándose de todo lo demás, de todo lo que

no fuera aquel brillo que acababa de maldecir.

—¡Oro!

Hurgó con los dedos en el hueco que las raíces habían dejado y el oro salió a montones.

—¡Oro, Berna! ¡Al fin!

Comprendió que había dado con la mina más rica de Alaska. Bastaba apartar la nieve para que apareciera una capa del fascinador metal amarillo.

—¡Oro, Berna, oro!—exclamó llorando con emoción.

Y levantaba los brazos al cielo, con una febril alegría.

—¡Gracias, Dios mío!

XIII

Precisamente aquel día Locasto estaba más feroz e intransigente que de costumbre.

Al entrar en el cabaret la había visto bailando con un hombre y la condujo aparte para advertirle:

—¿No te he dicho que no quiero que bailes con nadie?

—Tú me empleaste aquí—replicó Berna—. Una artista de cabaret no tiene más remedio que ser condescendiente con la clientela.

Y añadió con rebeldía:

—Hasta en eso eres miserable. Después de haberme robado vilmente la honra, quieres que me gane la vida por mí misma.

Y dió media vuelta, y le dejó plantado.

De pronto, apareció Larry en la sala.

Se quedaron los dos mirándose fijamente, inmovilizados por el asombro.

Larry avanzó lentamente hacia ella.

—¡Berna! ¿Qué haces aquí?

Había en sus palabras un matiz de censura.

Berna le miraba friamente, hostilmente.

—¿Pretendías que me muriera de hambre?

—Es verdad, Berna, es verdad. ¡Pobre Berna mía! ¿Cuánto debes de haber sufrido!... Pero ya se acabó todo, Berna. Ahora vamos a ser felices.

El júbilo iluminaba su semblante.

—¡Sí, Berna, sí! ¡Somos ricos, inmensamente ricos! ¡He encontrado la mejor mina de Alaska!...

¡Oro a montones!... Mira, Berna, mira.

Se metió la mano en el bolsillo y extrajo un puñado de oro.

—¡Tócalo, Berna, tócalo! ¡Es tuyo, es nuestro!

Berna había tendido las manos, con la lentitud y la expresión de una sonámbula.

En ellas fué depositando Larry pañados del resplandeciente metal.

—Oro... oro...—dijo Berna como hablando consigo misma—. Oro para comprar el mundo entero, oro para tirar a manos llenas por cien ventanas, oro para realizar todos nuestros sueños... ¡Pues bien, con todo el oro del mundo no habrá bastante para poner las cosas como estaban!

Lanzó el oro al aire con un gesto de extravío y se fué, repitiendo lentamente:

—Oro, oro a montones...

La gente se había arrojado al suelo para recoger los preciosos granos.

Sólo Berna y Larry quedaron en pie.

Berna que se iba y Larry que la siguió.

—¿Por qué me desprecias, Berna mía? ¿Por qué no me perdonas? Yo no dejé nunca de quererte y te seguiré queriendo aunque tú me detestes a mí. Berna, perdóname por haberte abandonado.

Ella le miraba tristemente, tristemente... ¡Oh si él supiera!...

Tentada estuvo de arrojarse a sus pies y decirselo, pero le faltó valor.

Todo lo que en aquel instante pudo hacer, fué huir de Larry y de aquella casa maldita para llorar a solas en el recogimiento de su habitación.

* * *

Después de registrar las minas, volvió en busca de Berna. Se enteró de que vivía allí mismo y subió a su habitación con el propósito de obtener el perdón que su alma necesitaba.

La encontró sentada en una mecedora, vestida humildemente, pálida y pensativa.

Sus ojos resplandecían de lágrimas.

Larry se arrojó a sus pies.

—No llores más, Berna. Ya ha pasado todo. Ahora sí que no nos volveremos a separar.

Le cogió la cabeza con ambas manos y la besó con los ojos, en la frente; en las mejillas.

—¿Es que no quieres perdonarme, Berna? ¿Por qué lloras? Dime: ¿es que no quieres perdonarme?

Movió Berna la cabeza afirmativamente.

—Gracias, Berna... Vamos a ser muy felices. ¿Verdad?

Pero ahora negó Berna con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Es que no me amas?

Entonces Berna no pudo contenerse y le echó los brazos al cuello.

—¡Sí, Larry, sí! ¡Te amo!

Y las palabras fueron rotas por sollozos.

El estaba desconcertado.

—¿Qué ha sucedido, Berna, mientras he permanecido ausente? ¡Cuéntamelo todo!

Pero Berna no hacía otra cosa que llorar.

De pronto se abrió la puerta y apareció Jack Locasto.

En su actitud había una osadía de amo.

Berna le miraba con horror a través de las lágrimas; Larry, con extrañeza.

—¿Qué hace aquí ese hombre, Berna? ¡Dile que se vaya!

La orden de Jack había sido seca y despótica.

El desconcierto de Larry era cada vez mayor.

—¿Qué derecho tiene ese hombre sobre ti, Berna?

—¡Díselo de una vez y que se vaya!—repuso por ella Locasto.

Berna se había levantado para suplicar al tirano que callase. Había en toda ella una imploración desesperada.

Larry se había estremecido. Un relámpago de comprensión acababa de pasar por su pensamiento inundando de dolor su alma.

Se encontró con los ojos aterrados de Berna. Y entonces, en vez de rencor, le invadió una piedad infinita.

—¡Ven a mis brazos, Berna, po-

bre Berna mía! Que Dios me perdona por el mal que te hecho.

Berna se arrojó en los brazos queridos.

—¡Perdóname tú a mí, Larry!
¡Perdóname como te he perdonado yo!

—Sí, sí. Perdonemos y olvidemos. Huyamos de aquí para siempre. Vámonos de esta ciudad maldita.

Mientras hablaba, la había conducido a la puerta.

—Espérame en casa de nuestro amigo, el sacerdote. En seguida me reuniré contigo. En seguida partiremos.

Y antes de que Berna lo pudiera evitar, cerró la puerta y se encerró con Jack Locasto.

—Ahora vamos a arreglar las cuentas tú y yo.

Y sin dejar de mirarle fijamente, avanzó hacia él paso a paso y con las manos crispadas.

Locasto comprendió que nada podría contra aquel energúmeno al que la sed de venganza y de castigo hacía temblar.

Tuvo miedo y retrocedió. Pero Larry le seguía implacablemente.

Le alcanzó, le acorraló. El primer puñetazo ratificó a Jack en su opinión de que sería vencido indefectiblemente.

Pero tenía medios de evitar la derrota. Procuró distanciarse de Larry, sacó el revólver y disparó contra él.

El primer disparo pudo ser evitado por Larry, pero no dejó éste de comprender con la fugacidad del relámpago, que si seguía disparando acabaría por abatirle.

Con la misma rapidez que pensó obró y, apoderándose de un quinqué que estaba sobre un mueble, al alcance de su mano, lo arrojó contra el enemigo.

Fue horrible lo que sucedió entonces. Hasta Larry se conmovió al advertirlo.

El petróleo empapó el cuerpo de Jack y la llama lo inflamó.

Convertido en una lengua de fuego, loco de dolor y de espanto, Jack abrió la puerta pidiendo auxilio.

Pero la gente, en vez de auxiliarlo, huía de él.

Rodó por la escalera y al pie de ella murió retorciéndose.

El petróleo que había caído en el suelo se inflamó también y cuando Larry salió de su estupor, se vió rodeado de llamas.

Pudo huir a costa de algunas leves quemaduras y al salir se encontró con que la multitud rodeaba aquella casa de maldición.

Una persona se destacó de la masa de espectadores y corrió hacia él con los brazos abiertos.

—¡Larry, Larry!

Era Berna.

—¡Yo quería ir por ti, pero no me dejaban!

Los dos cuerpos se fundieron en un largo abrazo y así, muy unidos, muy dueño el uno del otro, juntas las mejillas, vieron como las llamas hacían presa de todo el edificio y se comunicaban al de al lado, y al otro, y al otro.

Toda la ciudad se convirtió en una gran hoguera.

La gente había huído al campo y desde allí contemplaba el espectáculo imponente.

Larry dijo a Berna:

—Es nuestro pasado el que se reduce a cenizas entre esas llamas. Es nuestro pasado, que se esfuma

para que nuestro olvido y nuestro perdón sean más completos.

La rodeó protectoramente con un brazo.

—Berna, esa ciudad será levantada de nuevo y no se parecerá en nada a la que ahora devoran las llamas. Habrá aquí una justicia que sólo tolerará al hombre honrado y trabajador. Habrá una civilización que la nuestra nos enviará con un servicio regular de barcos y de trineos. Desaparecerá la fiebre del oro porque ya no hay nada por explorar en cien kilómetros a la redonda y nacerá un pueblo sano y fuerte, trabajador y honorable. Que nuestra vida se renueve también. No nos vayamos de aquí. Quedémosnos con nuestra paz y nuestra fortuna. Una casita junto al río y una industria para estimular el trabajo y dignificarnos con él.

—Sí, Larry, sí. Una casita junto al río... Paz, amor y felicidad.

Y siguieron hablando, hablando.

Al amanecer se extinguió la última llama.

Era el amanecer, no de un día,

sino de una vida y de una ciudad nuevas.

* * *

Los deseos de Larry se realizaron.

Se casó con Berna y el matrimonio tuvo una casita junto al río. La nueva ciudad fué una ciudad sana, fuerte y digna. Puso una industria y dió trabajo a cien hombres.

Lars, el buen Lars, se quedó con ellos. No había encontrado oro, pero obtuvo en cambio un puesto importante en la fábrica de Larry.

Con frecuencia era invitado a comer por el matrimonio, al mismo tiempo que el sacerdote.

Una de estas veces, de sobremesa, dijo el cura:

—¿Te has enterado, Lars? Se ha descubierto oro en el Nome.

—Perfectamente.

—¿Por qué no vas a probar fortuna?

—¡Yo! ¿Para qué? Tengo todo lo que un hombre puede desear.

—Pero, ¿y el placer de buscar oro?

—¿Placer ha dicho usted?

—¡Naturalmente! — dijo el sacerdote con ironía.

Y entonces exclamó Lars:

—¡Ay madrecita querida de mi alma, de mi vida y de mi corazón!

F I N

GRANDIOSO ÉXITO

de la mejor novela relacionada con el cine
publicada hasta la fecha

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Asunto desarrollado en VEINTE cuadernos

✕

1.º cuaderno: **Cómo empiezo a vender
periódicos** (2 ediciones).

2.º cuaderno: **Quiero ser artista de
cine**

Acaba de aparecer el 3.º cuaderno

ILUSTRACIONES EN EL TEXTO
AMENO Y ABUNDANTE

•

PORTADAS A COLOR

Precio: 25 céntimos

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre. — El Gran Desfile. — Miguel Strogoff o El Correo del Zar. — La princesa que supo amar. El coche número 13. — Sin familia. — Mare Nostrum. Nantón, el hombre que se vendió. — Cobra. — El fin de Montecarlo. — Vida bohemia. — Zaxá. — ¡Adiós, juventud! — El judío errante. — La mujer desnuda. — Casanova. — Hotel Imperial. — La tía Ramona. — Don Juan, el hurador de Sevilla. — Noche Nupcial. — El Séptimo Cielo. — Beau Geste. — Los Vencedores del Fuego. — La Mariposa de Oro. — Ben-Hur. — El Demonio y la Carne. — La Castellana del Líbano. — La Tierra de todos. — Trípoli. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre y Arena. — Águilas triunfantes. — El Sargento Malacasa. — El Capitán Sorrell. — El Jardín del Edén. — La Princesa mártir. — Ramona. — Dos Amantes. — El Príncipe estudiante. — Ana Karenina. — El destino de la Carne. — La mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de Venecia. — El ángel de la calle. — La última cita. — El enemigo. — Amantes. — Moulin Rouge. — La Bailarina de la Opera. — Ben-All. — Los Cuatro Diablos. — ¡Ríe, payaso, ríe! — Volga, Volga. — La Sinfonía Patética. — Un cierto muchacho. — ¡Nostalgia!... — La ruta de Singapur. — La Actriz. — Mister Wu. — Renacer. — El desperfar. — Las tres pasiones. — La melodía del amor. — Cristina la Holandesita. — ¡Viva Madrid, que es mi pueblo! — Sombras blancas. — La copla andaluza. — Los cosacos. — Icaros. — El conde de Montecristo. — La mujer ligera. — Virgenes modernas. — El Pagano de Tahiti. — Estrellas dichosas y Esto es el cielo.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Si le gustan las novelas modernas, optimistas, estilo parisiense, interétese por

La Novela Eva

y no se arrepentirá.

Números publicados:

La rubia del taxímetro

por DOMINGO DE FLIENMAYOR

La manicura que no sabía decir que no

por LILÍ

♦
Esta semana:

Santa Madrona

(Aguafuerte de los barrios bajos barceloneses)

por JOSÉ REYGADAS

♦
LUJOSA PRESENTACIÓN
ILUSTRACIONES EN EL TEXTO

Precio: 30 céntimos

Recomendamos a nuestros favorecedores

La Novela para todos

que aparece esta semana,
publicando la magnífica novela

MARY LA BUENA MARY LA MALA

original e inédita de MANUEL
REINLEIN SOTOMAYOR



Asunto que causará sensación

Colaboración selecta - Temas escogidos

Precio: **30** céntimos

Véanla y la adquirirán

por su presentación y por la novela que contiene,
de indiscutible mérito

Las mejores novelas de cine son:

La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Americana Cinematográfica

La Novela Frívola Cinematográfica

Los Grandes Films de

La Novela Semanal Cinematográfica

y las selectas Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

¡Siempre lo mejor!

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barberá, 16. — Madrid: Ferraz, 21.



EB

Precio: UNA peseta